

— Que se le dé, que se le dé en el mismo instante, esclama Fernando precipitándose por la escotilla á fin de librarse de aquel extraño espectáculo.

Mandó Nelson echar una lancha al mar y que fuesen á recoger el cadáver; pero ni un marinero napolitano quiso encargarse de aquella mision. Diez marineros ingleses entraron en la lancha; ocho remaron, dos sacaron el cadáver del agua. Entonces se conoció la causa del milagro.

El almirante, como hemos dicho, habia sido arrojado al mar con una bala de treinta y seis atada á los piés. El cuerpo se habia hinchado en el agua y siendo el peso demasiado débil para sujetarle en el fondo, habia subido á la superficie del mar, y por un efecto de equilibrio se habia enderezado saliendo hasta la cintura; luego, impulsado por el viento y arrastrado por el surco habia seguido al buque.

Al dia siguiente fué enterrado en la pequeña iglesia de Santa Maria de la Cadena. Despues de lo cual hizo el rey su entrada triunfal en la capital, y reinó pacíficamente sobre su pueblo hasta el momento en que Napoleon mandó le notificasen que acababa de disponer del reino de Nápoles en favor de su hermano José.

El rey Nasone tomó las cosas como filósofo, y se volvió á cazar á Palermo.

Duró aquel nuevo destierro hasta el 9 de junio de 1815, época en la que Joaquin Murat, que habia sucedido á José Napoleon cayó; á su vez S. M. napolitana volvió á cazar á Capo-di-Montí y á Caserta.

XI

ANÉCDOTAS

Algun tiempo despues de haber vuelto el rey á Nápoles, Carlos IV fué allí á reunirse con él; tambien este estaba desterrado de su reino; pero no tenia una Sicilia á donde refugiarse, é iba á pedir hospitalidad á su hermano.

Era igualmente un gran cazador y pescador; así los dos hermanos, separados hacia tanto tiempo, estaban siempre juntos y cazaban ó pescaban desde por la mañana hasta por la noche. Ya no hacian mas que disponer partidas de caza al parque de Caserta ó al bosque de Persano, partidas de pesca al lago Fusaro ó á Castellamare.

Sabida es la gran ternura con que amaba Luis XIV á Monsieur. Bastante indiferente para con su esposa, bastante egoista para con sus queridas, muy severo para con

sus hijos, Luis XIV no amaba á nadie mas que á Monsieur, y segun se dice, aumentaba esa amistad con la profunda indiferencia que sentia por los demas. Algunas nu- becillas se habian interpuesto en ciertas ocasiones entre ellos, pero se habian disipado prontamente á los ardientes rayos del sol de la fraternidad. Asi al dia siguiente á la noche en que murió Monsieur, nadie se atrevia á presentarse al gran rey, que encerrado en su gabinete, se abandonaba al dolor.

Por fin, dice Saint-Simon, la señora de Maintenon se decidió, y encontró á Luis XIV con la cabeza echada atrás, las piernas estendidas y tarareando un aire de ópera en loor suyo.

Lo mismo, con poca diferencia, debia pasar entre Fernando I y Carlos IV: se habia decidido entre los dos principes una partida de caza al bosque de Persano, cuando en el momento de ponerse en marcha se sintió ligeramente indispuerto el rey Carlos IV; pero como el augusto enfermo sabia por su propia esperiencia la contrariedad que se experimenta cuando se descompone una cacería, exigió á su hermano que fuese á Persano sin él; á lo que Fernando accedió, pero con la condicion de que si el rey Carlos IV se sentia en peor estado se lo comunicaria. El enfermo le empeñó la palabra de hacerlo. El rey abrazó á su hermano y partió.

Durante el dia parecia que la indisposicion adquiria alguna gravedad. Por la noche el enfermo padecia mucho. Despues de las doce empeoró de tal modo su situacion que á las dos de la madrugada, enviaron un correo portador de una carta de la duquesa de San Florida que anunciaba al rey que si deseaba abrazar por última vez á su hermano era preciso que volviese inmediatamente. El correo llegó cuando S. M. montaba á caballo para ir á cazar. Cogió el rey la carta, la abrió y levantando tristemente los ojos al cielo:

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios mio! señores, ¡qué desgracia! exclamó, ¡el rey de España está gravemente enfermo!

Y como todos, poniendo una fisonomía de circunstancias, fingian el mayor sentimiento posible:

— ¡Eh! continuó el rey con ese acento napolitano, cuya espresion no se puede describir, yo creo que hay mucha exageracion en la relacion que se me hace. Cacemos primero, señores, luego se verá.

Los cortesanos volvieron á recobrar su acostumbrado semblante, llegaron al sitio convenido y se comenzó la caza.

Apenas habian disparado dos tiros, porque la caza que preferia S. M. era á espera, cuando llegó el segundo correo. Traia este la noticia de que el rey Carlos IV estaba espirando y no cesaba de preguntar por su hermano. Ya no podia, pues, quedar duda acerca de la desesperada situacion del enfermo. Asi el rey Fernando que era hombre de resolucion, tomó al punto su partido; y como los cortesanos esperaban las primeras palabras del rey para arreglar el rostro á ellas:

— ¡Eh! dijo otra vez, ó mi hermano está enfermo mortalmente ó no lo está. En el primer caso, ¿qué bien puede resultar de que yo vaya? Si no lo está, se va á desesperar cuando sepa que por él he dejado tan magnífica cacería. Cacemos, pues, señores.

Y se pusieron á cazar con el mayor entusiasmo.

Al retirarse por la noche, encontraron otro correo que llevaba la noticia de que Carlos IV habia muerto.

El dolor que sintió el rey fué tan profundo que comprendió debia ante todo combatirle por medio de alguna poderosa distraccion. En consecuencia dió sus órdenes para que al dia siguiente ó á los dos dias se verificase otra cacería tan magnífica como la que acababa de suceder. Matáronse en tres dias ciento cincuenta jabalies y doscientos venados. Pero no se crea por esto que Fernando

habia olvidado al difunto. A cada buen tiro que hacia ó veia hacer, exclamaba: — ¡Ah! si estuviese aqui mi pobre hermano, cuán gozoso estaria!

Al tercer dia se volvió el rey, mandó se hiciesen pompas exequias y hubo por tres meses luto de córte. Y no era que el rey Nasone tuviese mal corazon. Los corazones de los siglos xvii y xviii estaban hechos asi. Fueron un dia á decir á Bassompierre, en el momento en que se vestia para ir á bailar al palacio de la reina María de Médicis, que su madre, á quien adoraba, habia muerto.

— Os engañais, respondió tranquilamente Bassompierre sin dejar de abotonar sus herretes, no morirá hasta que no se haya bailado la contradanza.

Bassompierre bailó la contradanza: obtuvo en ella un brillante éxito y se volvió á su casa para llorar á su madre.

La sensibilidad es una invencion moderna. Tengamos esperanza en que durará.

Al lado de aquella indiferencia, respecto á su pasion dominante, el rey Nasone tenia á las veces esclentes arranques. Un dia, una pobre mujer, cuyo marido acababa de ser sentenciado á muerte, salió de Aversa por consejo del abogado defensor y fué á pié hasta Nápoles para pedir al rey la gracia de su marido. Cosa muy fácil era encontrar al rey, el cual estaba siempre recorriendo á pié ó á caballo las calles y las plazas de Nápoles, cuando no iba de caza: en aquella ocasion, desgraciada ó felizmente, no estaba el rey ni en las calles ni en su palacio; estaba en Capo-di-Monti: era la estacion de las becafigas.

La pobre mujer se hallaba estenuada de fatiga: acababa de andar mas de cuatro leguas corriendo; pidió permiso para esperar al rey. El capitan de guardias compadecido de ella, la concedió su demanda. Sentóse en el primer escalon de la escalera por donde el rey debia

subir para volver á su habitacion. Pero por mas grave que fuese la situacion en que se encontraba, y mayor la preocupacion que agitaba su espíritu, pudo mas la fatiga que el sobresalto, y despues de haber luchado en vano un rato contra el sueño, apoyó la cabeza en la pared, cerró los ojos y se durmió. Apenas haria un cuarto de hora que dormia cuando volvió el rey.

Habian estado aquel dia S. M. mas certero que de ordinario, y le habian salido muchas mas becafigas que la vispera. Estaba, pues, en una situacion de espíritu de las mas bondadosas, cuando al entrar vió á la pobre mujer que le esperaba. Quisieron despertarla; pero el rey hizo seña de que no se la incomodase. Aproximóse á ella, la miró con una curiosidad mezclada de interés, y viendo un pedacito de la solicitud que salia de su pecho la sacó suavemente y con precaucion á fin de no turbar su sueño, la leyó, y pidiendo una pluma escribió debajo. *Fortuna e duorme*, lo que corresponde proximamente á nuestro proverbio francés: *La fortuna viene durmiendo*. Luego firmó *Fernando, rey*.

Despues de lo que mandó no despertasen á la mujer de ningun modo, prohibió que se le dejase llegar hasta él, volvió á colocar la peticion en la abertura de donde la habia tomado, y subió alegremente á sus habitaciones, con una buena accion en su conciencia.

Al cabo de diez minutos abrió los ojos la pretendiente, se informó de si el rey habia vuelto, y supo que mientras dormia habia pasado por delante de ella.

Grande fué su desconsuelo; habia perdido la ocasion que con tanta fatiga y de tan lejos iba á buscar; suplicó al capitan de guardias la permitiese llegar hasta el rey; pero el capitan de guardias se negó obstinadamente, diciendo que S. M. se habia encerrado en su cámara declarando que no saldria de ella ni recibiria á nadie aquel dia y el siguiente. Era preciso renunciar á la esperanza de

ver al rey; la pobre mujer volvió á partir para Aversa con el mayor desconsuelo.

A su vuelta la primera visita fué para el abogado que la habia dado el consejo de ir á implorar la clemencia del rey; refirióle todo lo que habia pasado y como por su culpa habia dejado escapar una ocasion que en adelante no volveria á encontrar. El abogado que tenia amigos en la corte la dijo entonces le entregase la solicitud, encargándose de buscar algun medio para hacer que llegase al rey.

La pobre mujer entregó al abogado el memorial que la pedia. Por un movimiento maquinal, el abogado le abrió; mas apenas le dirigió una mirada, dió un grito de alegría: en la situacion en que se encontraba, el proverbio consolador escrito y firmado de mano del rey equivalia á un perdon. Efectivamente, ocho dias despues, el prisionero era puesto en libertad, y aquella fortuna que se la presentó á la pobre mujer, como habia escrito el rey Nasone, se le habia presentado durmiendo.

Al lado de esta accion que haria honor á Enrique IV, citemos sentencias que harian honor al rey Salomon.

La marquesa de C*** habia sido á la muerte de su esposo nombrada tutora de su hijo, de edad á la sazón de doce años. Durante los nueve años que le faltaban para llegar á su mayor edad, la marquesa, mujer de muchísimo juicio y muy honrada, de tal modo habia administrado la fortuna de su hijo, que casi la duplicó, gracias al retiro en que habia vivido, á pesar de ser todavía jóven. Llegado el jóven á su mayor edad, dióle sus cuentas la marquesa; mas por todo agradecimiento, contentóse el jóven con señalar á su madre una especie de pension alimenticia que apenas bastaba á sostenerla sin miseria. Nada dijo la madre, recibió con resignacion la limosna filial, y se retiró á Sorrento, donde tenia una casita de campo.

Al cabo de un año la faltó de improviso la mezquina pension, y mientras el hijo ostentaba en Nápoles el boato de

un principe, se hallaba la madre en Sorrento sin un pedazo de pan. Era preciso resignarse á morir ó decidirse á quejarse al rey. La pobre madre antes de llegar á aquel estremo, agotó hasta el último recurso. En fin, no la quedó medio de continuar así. La marquesa de C*** fué á arrojarle á los piés de Nasone pidiéndole justicia para ella y perdon para su hijo. Recibió el rey la peticion que le presentaba la marquesa de C***, y en la que estaban consignados los detalles de la administracion materna; luego hizo que le enteraran del estado de las cosas, vió que todos aquellos detalles eran veracisimos, cogió una pluma y escribió.

- Dure la minorita del figlio giache viva la madre. •
- Dure la minoria del hijo mientras viva la madre. •

Rumores singulares habian circulado sobre el conde de B***, habia desaparecido su hijo, y se aseguraba que entre una disputa entre el padre y el hijo por una mujer á quien amaban los dos, el padre en un movimiento de cólera habia muerto al hijo. No obstante, aquellos vagos rumores no habian llegado á convertirse en realidad; al decir del padre, el jóven estaba ausente, y viajaba para instruirse. Por aquella época se retiró Fernando á Sicilia, y José, y luego Murat, ocuparon el trono de Nápoles.

Tan graves acontecimientos hicieron olvidar las inculpaciones que pesaban sobre el conde de B*** el cual habiendo entrado en el servicio de la corte del hermano y del cuñado de Napoleon, y habiendo llegado á obtener un gran favor, vió apagarse hasta las alusiones á la sangrienta aventura en que el rumor público le acusaba de haber representado tan terrible papel. Todo el mundo habia, pues, olvidado ó parecia que habia olvidado al jóven ausente.

te, cuando llegó la catástrofe de 1815. Murat, obligado á huir de Nápoles se refugió en Francia, y todos los que le habian servido, sabiendo que no debian esperar perdón para ellos de parte de Fernando, no aguardaron su llegada, y se diseminaron por Europa. El conde de B*** hizo lo mismo que los demás, y fué á pedir un asilo á la Suiza, donde permaneció seis años

Pasados los seis años creyó que su error político estaba espiado con el destierro, y escribió á Fernando pidiéndole el permiso para volver á la corte. Abrió la carta el ministro de policia, quien la presentó al rey en el primer despacho.

— ¿Qué es eso? dijo Fernando.

— Una carta del conde de B***, señor.

— ¿Qué pide?

— Pide le volvais á vuestra gracia.

— ¡Cómo! Mas ciertamente volveré á ver con gran placer al querido conde de B***. Dadme una pluma.

El ministro dió la pluma á S. M., que escribió debajo de la petición: *Torni, ma col figlio*. Vuelva, pero con su hijo.

El conde de B*** murió en el destierro.

Como sus amigos los lazzaroni, el rey Nasone no tenía mucha afición á los frailes. Pero, como ellos tambien, miraba con profundo respeto al padre Rocco, cuyos sermones habia oido muchas veces al aire libre. Así que el padre Rocco, de quien hablaremos detenidamente en el curso de nuestra narracion, tenía tan fácil acceso en el palacio del rey, como en las casas miserables de Nápoles. Por lo demas, no hay necesidad de decir que el padre Rocco, para quien todos los hombres eran iguales, habia

conservado la misma libertad de lenguaje con el rey, que el que usaba con el último de los lazzaroni.

Un día que toda la familia real se hallaba en Capo-di-Monti, se vió llegar al padre Rocco. Al punto resonaron en el palacio exclamaciones de alegría, y acudieron todos al rededor del buen sacerdote, á quien nadie habia visto hacia mas de diez y ocho meses; era esto cuando volvieron la primera vez de Sicilia, y despues de la terrible reaccion á que hemos dedicado algunas líneas.

Iba el padre Rocco á pedir para los pobres presos. Cuando el rey, la reina, el príncipe Francisco, el duque de Salerno, y los diez ó doce cortesanos que habian seguido á la familia real á Capo-di-Monti, hubieron dado su limosna, quiso retirarse el padre Rocco, pero Fernando le detuvo.

— Un instante, un instante, padre Rocco, dijo el rey; no se va uno de ese modo de aquí.

— ¿Y cómo se va de aquí, señor?

— Cada uno paga su cuota. Nosotros os debiamos una limosna y os la hemos dado. Vos nos debeis un sermón; pronunciadle.

— ¡Oh! sí, sí, un sermón! dijeron la reina, el príncipe Francisco y el duque de Salerno.

— ¡Sí, sí, un sermón! repitieron en coro todos los cortesanos.

— Señor, tengo costumbre de predicar á los lazzaroni y no ante las testas coronadas, respondió el padre Rocco: dispensadme, pues, si creo de mi deber rehusar el honor que me haceis.

— ¡Oh no, no; no os librareis con esa disculpa: nosotros os hemos dado la limosna, necesitamos nuestro sermón; no salís de aquí.

— ¿Pero qué género de sermón? preguntó el sacerdote.

— Decidnos un sermón para divertir á los niños.

El sacerdote se mordió los labios; luego dirigiéndose al rey:

— ¿Lo quereis, pues, absolutamente, señor?

— Ciertamente lo quiero.

— Siendo este sermón para los niños, no os admireis que comience como un cuento de hadas.

— Cómience como quiera, el caso es que lo oigamos.

— Estoy á vuestras órdenes, señor.

Y el padre Rocco se subió en una silla para dominar mejor su augusto auditorio.

— ¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! comenzó diciendo el padre Rocco.

— ¡Amen! dijo el rey interrumpiéndole.

— Hubo, continuó el sacerdote saludando al rey, como para darle gracias de que hubiese querido con tan buena voluntad servirle de sacristán, hubo dos langostas de mar, macho y hembra.....

— ¿Cómo es eso? exclamó Fernando, que creía haber oído mal.

— Hubo dos langostas de mar, macho y hembra, repitió gravemente el padre Rocco, las cuales habían tenido en legítimo matrimonio tres hijos y dos hijas que daban las mas lisonjeras esperanzas. El padre y la madre habían dado á sus hijos los profesores mas distinguidos, y las maestras mas instruidas que habían podido hallar de tres leguas en contorno: habían recomendado sobre todo á los maestros y maestras enseñasen á sus hijos á marchar en direccion recta.

Cuando hubo terminado la educacion de los tres hijos varones, llamólos el padre á su presencia, y dejando el profesor á la puerta, á fin de que su presencia no sostuviese á los discípulos, pudo juzgar mejor de la educacion que habían recibido.

— Mi querido hijo, dijo al mayor, entre otras cosas he recomendado se os enseñase á andar por camino recto:

andad un poco para que vea yo como se han seguido mis instrucciones.

— Con mucho gusto, padre mio, contestó el hijo mayor. Mirad y vereis. Y al instante se puso en movimiento.

— ¿Pero, dijo el padre, qué diablos haces?

— ¿Qué hago? obedeceros; ando.

— Si, andas, pero andas en direccion oblicua. ¿Es eso lo que se llama andar recto? Veamos, vamos á empezar otra vez.

— Volvamos á empezar, padre mio.

Y el hijo mayor volvió á ponerse en movimiento. El padre dió un grito de dolor. La primera vez había marchado su hijo de derecha á izquierda; la segunda marchaba de izquierda á derecha.

— ¿Pero acaso no puedes ir recto? exclamó el padre.

— Pues qué, ¿no voy recto? preguntó su hijo.

— ¡No conoce su defecto! exclamó la desgraciada langosta padre uniendo sus dos gruesas antenas, y levantándolas con dolor al cielo.

En seguida volviéndose hácia su hijo segundo:

— Ven aquí tú, le dijo, y enseña á tu hermano mayor como se anda.

— Con mucho gusto, padre mio, dijo el segundo.

Y volvió á comenzar exactamente lo mismo que había hecho su hermano mayor, únicamente con la diferencia de que en vez de ir la primera vez de derecha á izquierda, y luego de izquierda á derecha, fué la primera de izquierda á derecha, y la segunda de derecha á izquierda.

— ¡Tambien oblicuo! ¡Siempre oblicuo! exclamó el padre con desesperacion. En seguida volviéndose con las lágrimas en los ojos hácia el menor de sus hijos:

— Veamos, le dijo, da tú el ejemplo á tus hermanos.

— Padre mio, replicó el tercero, que era un jóven langosta muy sensato; me parece que seria mucho mas provechoso para nosotros nos diéscis vos mismo el ejemplo.

Andad, pues, y enseñadnos lo que hemos de hacer. Nosotros haremos lo que vos hagais.

— Entonces, continuó el padre Rocco, entonces el padre...

— Bien, bien, dijo Fernando, bien, padre Rocco, la reina y yo tenemos que hacer; podeis volver á pedir limosna siempre que querais; nosotros no os pediremos mas sermones. Adios, padre Rocco.

— Id con Dios, señor.

Y el padre Rocco se marchó dejando su sermón sin concluir, pero llevando completa su limosna.

He aquí al rey Nasone, aunque no tal como la historia le ha pintado ó le pintará. La historia es demasiado gran señora para entrar en la cámara de los reyes á cualquier hora del día y de la noche, y para sorprenderlos en la posición en que S. M. napolitana sorprendió al presidente Cardillo. No obstante, solo cuando se da una vuelta con una antorcha alrededor de su trono, con una bujía por lo interior de su cámara, es cuando se puede formar un juicio imparcial sobre aquellos á quienes Dios, en su amor ó en su cólera, escogió desde el seno materno para hacerlos pastores de los hombres, y aun así podemos engañarnos. Despues de haber visto al rey Nasone vender su pescado, despachar al por menor su caza, escuchar en una encrucijada el sermón del padre Rocco, humanizarse con los vasallos en su serrallo de San Lucio, reir á todo su sabor con el primer lazzaroni que se le presentaba, acaso se creará que estaba dispuesto á tender la mano á todo el mundo; nada de eso: habia entre la aristocracia y el pueblo una clase de la sociedad que el rey Nasone odiaba especialmente, y era la clase media.

Reframos la historia de un siciliano perteneciente á esta clase, que tuvo empeño de llegar á ser noble. Los que quieran saber el nombre de este otro Jourdain, pueden recurrir á las *costumbres sicilianas* de mi espiritual amigo

Palmieri de Micciche, el cual viaja hace veinte años por todos los países, excepto por el suyo, para espiar la costumbre que ha tomado de llamar á las cosas y á los hombres con su propio nombre. Por lo cual, é instruido por su ejemplo, trataré de evitar el mismo inconveniente.

XII

LA MANIA DEL REY NASONE

Habia en Fermini hácia el año de gracia de 1798, un jóven de diez y seis á diez y siete años, el cual, como el cardenal Lecada, no pedia mas que una cosa al cielo : ser secretario de Estado y morir.

Era hijo de un honrado colono llamado Neodad. Sin duda este nombre tenia algo de árabe, pero nuestros lectores recordarán que la Sicilia fué en otro tiempo conquistada por los Sarracenos. En todo caso, como he dicho, pueden recurrir para las etimologías á mi amigo Palmieri de Micciche.

Habiale dejado su padre una pequeña fortuna: resolvió comprar un traje de moda, empolverar sus cabellos, afeitarse, añadir un encaje á su gorguera, é ir á buscar un

título á Palermo. En consecuencia, y en virtud del axioma : « Ayúdate y Dios te ayudará, » comenzó por cambiar su nombre de Neodad por el de Soval, aunque, á mi parecer, era el primero mas pintoresco que el segundo. Verdad es que algo mas tarde añadió á ese nombre la particula *de*, lo cual le hizo, sino mas aristocrático, al menos todavía mas original.

Disfrazado de este modo y creyendo haber ocultado suficientemente su grosera corteza paterna bajo el polvo á la mariscala, el jóven Soval intentó deslizarse en la córte muy suavemente. Pero S. M. napolitana habia recibido por algo el nombre de Nasone. Olfateó al intruso desde una legua. Hizo se le cerrasen todas las puertas del palacio y los sitios reales, dejándole completa libertad por lo demas, de ir á donde quisiera, no presentándose en su palacio.

Pero el jóven colono no habia ido á Palermo con la sola intencion de hacer admirar su aire á la Marina ó su pierna á la Fiora. Habia ido para entrar en la córte. Resolvió hacerlo á cualquier precio que fuese, y puesto que el rey Nasone no accedia de buena voluntad, lograrlo contra ella.

Habia muchos medios para esto en aquella ocasion. Era la época en que el cardenal Ruffo buscaba hombres que con toda voluntad le ayudasen á reconquistar el reino de Nápoles que el rey Nasone, como Carlos VII, perdía lo mas alegremente que imaginar se puede. El jóven Soval, habituado ya á las metamorfosis, podia cambiar su traje de caballero por una casaca de soldado, como habia cambiado su traje de colono por un vestido de caballero; podia añadir á aquella casaca un fusil, un sable, una canana, é ir á crearse un nombre de la especie de los de Manmone y de Fra-Diavolo. No necesitaba mas que un poco de valor para esto; pero una de las virtudes hereditarias de la familia Neodad era la prudencia. Las Calabrias tienen mucha

estension; podia acaecer un accidente entre Bagnara y Nápoles. Además, conocia nuestro héroe el antiguo proverbio: « Lejos de la vista, distante el corazón. » Resolvió permanecer á la vista de sus queridos soberanos, á fin de permanecer lo mas cerca posible de sus corazones.

Como hemos dicho, Nasone era el rey; pero la reina Carolina era quien reinaba: mas la reina Carolina, que no podia, como el califa Al-Raschild, disfrazarse de mandadero para entrar en las casas de sus fieles súbditos y saber lo que en ellas se pensaba acerca de su gobierno, ocurría á aquel inconveniente manteniendo correspondencia con una porcion de gentes que se introducían en ellas en su lugar, y que con un fin patriótico la daban cuenta exacta de las cosas que no podia ver por sí misma. Desgraciadamente, tan loable adhesión no era completamente desinteresada. En cambio de aquellos pequeños servicios, daba la reina á quienes se los prestaban pensiones mas ó menos crecidas de su bolsillo privado. El joven Soval, que tenia una famosa forma de letra, un estilo epistolar de los mas floridos, y ninguna vocación á la carrera militar, tuvo cierto dia la revelación del porvenir que le estaba reservado; solicitó el honor de ser admitido surnumerario, obtuvo su petición, y al cabo de tres meses habia probado tan elevada inteligencia en la elección de discursos, ideas y principios, que recogía aquí y allí para transmitirlos á S. M., que fué recibido definitivamente en el número de sus corresponsales.

Poco faltó para que el pobre mozo se trastornara el juicio de alegría; desde el momento en que tenia correspondencia con la reina, le pareció que iba á desaparecer toda dificultad. Redobló, pues, su celo; y como la naturaleza le habia dotado de un oído estremadamente fino, prestaba verdaderamente importantes servicios, tanto que la reina, quien por mas que estuviese apoderada de los asuntos po-

líticos, habia conservado la costumbre de consultar á su marido en los asuntos de etiqueta, pidió para el joven Soval el permiso de entrar en la corte. Pero S. M. napolitana, al oír aquel nombre que se le habia hecho tan profundamente antipático, dió un salto como un corzo levantado por los perros, y se negó rotundamente. Ni súplicas, ni amonestaciones, ni amenazas pudieron nada. Mantúvose el entredicho lanzado sobre el desgraciado Soval.

Llegó la restauración de 1799: era la época de los castigos, pero también lo era de las recompensas; el joven Soval resolvió dar una nueva y gran prueba de su adhesión á la familia real, y en consecuencia se espatrió. Entonces fué cuando, calculando que habia hecho bastante para concederse á sí mismo la recompensa que se le rehusaba, añadió un *de* á su apellido, sin que hubiese tenido, por lo demás, otro impedimento para la adición de aquella partícula que el que encontró Alfieri despues de haber creado la orden de Homero para decorarse á sí mismo con el título de caballero. A partir, pues, desde aquel momento, y al mismo tiempo que Buonaparte quitaba una letra á su apellido, nuestro héroe añadió dos letras al suyo.

Llegado á Nápoles, no solo conservó el joven Soval sus antiguas funciones cerca de la reina Carolina, sino que, como se comprende bien, adquirieron esas funciones una nueva importancia: porque la reina, no contentándose ya con recibir simples cartas, le permitió, en las grandes ocasiones, la hiciese relaciones verbales. Esto era lo que nuestro héroe miraba infaliblemente como el pedestal de su engrandecimiento. En efecto, para conferenciar con la reina era necesario que entrase en el palacio del rey. Verdad es que para aquellas conferencias entraba por una puertecilla acusada por la que no se mandaban mas que los dependientes del primer ministro Giaffad, pero siem-

pre era dar un paso. La cuestion se reducía ya á pasar por la puerta grande en vez de pasar por la pequeña y á entrar de día en lugar de entrar de noche. La reina no esperaba de conseguir ese favor del rey. Pero contra la opinion de su protectora, el pobre Soval no pudo trastornar en lo mas mínimo el orden establecido, y pasaron siete años de servicio sin que pudiese una sola vez entrar por la puerta principal.

Era esto para desesperar á un santo: el pobre mozo se desesperó, y un día que la reina le notició una nueva negativa que habia recibido del rey, resolvió partir á la manera de los caballeros errantes, para ejecutar por el mundo un hecho grande que obligase al rey á darle una recompensa ruidosa.

Hacia 1808 fué la época en que el nuevo don Quijote salió en busca de aventuras. En aquella época, no habia necesidad de ir muy lejos para encontrarlas: y á la llegada á Venecia creyó el pobre Soval habia encontrado al fin lo que deseaba.

Se encontraba por entonces en Venecia cierta madama S***, alemana de nacimiento; pero cuñada de uno de los mas ilustres almirantes de la marina inglesa. Hallábase arrestada esta señora en su casa, con centinelas de vista, detenida por el gobierno francés como un precioso rehen. El jóven Soval vió en aquella circunstancia la aventura que buscaba, y resolvió intentar la empresa.

No era cosa fácil: por mas diestro, ladino y resuelto que fuese el paladin, era Napoleon en aquella época un gigante muy difícil de vencer y un encantador muy rebelde para dormirse. Sin embargo, nuestro héroe estaba tan acostumbrado á las puertas secretas, que á fuerza de dar vueltas alrededor de la casa de madama S*** descubrió una que daba á uno de los mil canales que surcan á Venecia. Tres dias despues salian madama S*** y él por

aquella puerta; al dia siguiente estaban en Trieste, tres dias despues en Viena, á los quince dias en Sicilia. Se recordará que en Sicilia era donde se encontraba la córte en aquella época, habiendo ascendido en 1806 al trono de Nápoles José Napoleon.

Presentóse con aire resuelto á la reina el caballero errante. Aquella vez no dudaba que la puerta principal, cerrada tan largo tiempo para él, se abriría de par en par. La misma reina concibió por un momento la esperanza. En efecto, su protegido acababa de arrebatár á los franceses una prisionera de Estado; esta prisionera de Estado pertenecía á la aristocracia de Alemania y estaba ligada á la de Inglaterra. La reina se atrevió á pedir al rey el título de marqués para su libertador.

Desgraciadamente, el rey estaba en aquel momento de malísimo humor. Recibió, pues, á la reina de malísimo talante, y á la primera palabra que pronunció de su comision, la despidió con mas calor que acostumbraba á hacerlo en semejantes ocasiones. Esta vez fué tan violento el desaire que Carolina espresó su sentimiento á su protegido, pero le declaró era la última negociacion de aquel género que intentaba cerca de su augusto esposo, y que si sentia decididamente una vocacion invencible á ser marqués, le aconsejaba buscarse algun otro conducto mas seguro que el suyo para conseguir su marquesado.

Nada habia que contestar: la reina habia hecho todo lo que podia. El pobre Soval no conservó ningun resentimiento por su derrota; antes al contrario, continuó prestandola sus habituales servicios; solo que entonces repartía su tiempo entre ella y el embajador de Inglaterra. Tenia este en aquella época una gran influencia en Sicilia, y Soval esperaba obtener por su medio lo que no habia podido obtener por el de la reina. Por su parte, esta no se mortificó ocupando solo la mitad del tiempo de su prote-

gido; y aun se decia que ella misma le habia dado el consejo de obrar así.

Sin embargo, á pesar de aquel aumento de trabajo y aquel exceso de adhesion, el aspirante á marqués estaba muy distante de tan deseado objeto; seis años pasaron sin que sir W. A'Court, embajador de Inglaterra, pudiese obtener nada del soberano cerca del cual estaba acreditado. Por fin llegó 1815.

Fué esta la época de la segunda restauracion. La Inglaterra habia hecho los gastos para ella: pero la Inglaterra no hace nada solo por hacer, como se sabe; en consecuencia, en cuanto Fernando volvió á entrar en su fidelísima ciudad de Nápoles, que ha conservado ese título á pesar de sus veinte y seis revueltas, tanto contra sus vireyes como contra sus reyes, la Inglaterra presentó sus cuentas por el intermedio de su embajador. Sir W. A'Court aprovechó aquella ocasion, y en el artículo de títulos, gracias y condecoraciones, intercaló, esperando que solo el total llamaria la atencion del rey y que despreciaria los pormenores, esta línea escrita con una letra casi imperceptible;

El caballero de Soval será nombrado marqués.

Pero el instinto tiene ojos de lince. Su magestad napolitana, que como se sabe, tenia horror á los expedientes, memorias, cartas, etc., y que firmaba ordinariamente todo lo que se le presentaba sin leer nada, olfateó, en el total de las cuentas que le presentaba la Gran Bretaña, un olor de rompimiento que le subió á la cabeza. Investigaba de donde podria venir, y como un sabueso constante en la pista, dió precisamente en el artículo concerniente al pobre Soval.

Desgraciadamente no habia ahora medio de negarse; pero quiso Fernando, puesto que se le violentaba, que la concesion del futuro marquesado llevase en sí misma la

protesta de la violencia. En consecuencia, debajo de la palabra *concedido*, escribió de su propio puño:

« Pero únicamente para dar una prueba de la gran consideracion que merece al rey de Nápoles su alto y poderoso aliado el rey de la Gran Bretaña. »

Luego firmó, y por aquella vez no con el sello en forma de garra, sino con su pluma; por lo que, ya por el temblor que agitaba su mano, la firma del título era casi indescifrable.

Mas no importa, legible ó no, la firma estaba echada, y al fin Soval era marqués de Soval.

El hijo del pobre colono Neodad pensó volverse loco de alegría al oír aquella noticia: poco le faltó para que corriese en camisa por las calles de Nápoles, como dos mil años antes lo habia hecho su compatriota Arquimedes por las calles de Siracusa. Durante los tres primeros dias abrazó sin misericordia á todo el que encontraba en su camino. No habia ya para el afortunado Soval ni amigo ni enemigo: llevaba la creacion entera en su corazon. Como Jacob Ortis hubiera querido derramar flores sobre la cabeza de todos los hombres.

A su parecer, ya nada habia que desear; no tenia mas pensamiento, que el de presentarse con su nuevo título á todas las puertas de Nápoles, y todas se le abrian. Efectivamente, todas las puertas se le abrieron escepto una sola. Esta sola era la del real palacio, á que hácia veinte años llamaba el desgraciado.

Felizmente el marqués de Soval, como se ha podido ver en el curso de esta narracion, no desmayaba fácilmente; colocó la nueva afrenta que acababa de recibir al lado de las que antiguamente habia recibido, hizo trabajar á su imaginacion para encontrar un medio de entrar aunque no fuese mas que una sola vez en su vida, en aquel bienaventurado palacio que era el eden aristocrático al que habia dirigido su vista sin cesar.

El carnaval del año de gracia de 1816 pareció llegar espresamente para proporcionarle aquella ocasion. El nuevo marqués, que gracias al señalado favòr con que le honraba la reina, habia trabado amistad con lo mas selecto de la aristocracia de los dos reinos, propuso á muchos jóvenes de Nápoles y Palermo ejecutar una corrida de caballos bajo los balcones del real palacio; la proposicion tuvo el mas grande éxito, y el que habia ideado la diversion recibió la mision de organizarla.

La corrida fué espléndida, todos á porfia habian trabajado por sobresalir en magnificencia, y todo Nápoles quiso presenciarlo, menos una persona á quien no le fué posible decidirse á aproximarse á su balcon: esta persona era el rey.

S. M. napolitana habia sabido que el director en cuestion de los ejercicios olímpicos era el marqués de Soval, y no habia querido ver la corrida por no ver al marqués.

Otro que nuestro héroe se hubiera considerado derrotado, mas él no lo pensó así, era un mozo que, semejante al zorro de La Fontaine tenia mas de un pliegue en su alforja: resolvió poner á su antagonista real en un aprieto.

La noche del dia en que se verificó la corrida, habia baile de trages en el palacio. La corrida de caballos no habia sido ideada mas que con el objeto de proporcionar una es-
 quea de convite á su inventor. No habiendo logrado el objeto, puesto que ejecutados los ejercicios de equitacion no habia aparecido la es-
 quea, propuso el marqués á sus compañeros enviar una comision al rey para suplicarle concediese á todos los actores de la mascarada el permiso de ejecutar en el baile de palacio y á pié la danza que habian ejecutado por la mañana en la plaza y á caballo. Como todos los compañeros del marqués tenian entrada en palacio y habian sido convidados al régio sarao, no vieron ningun inconveniente en la proposicion, y nombraron una

comision para que fuera á hacerlo presente al rey. Bien hubiera querido el marqués formar parte de aquella comision; pero desgraciadamente, y para evitar las susceptibilidades y envidias que no dejan de suscitarse en tales cosas, se decidió que la suerte designaria los cuatro embajadores. Nuestro héroe se hallaba en su dia desgraciado: quedó su nombre en el fondo del sombrero, por mas ferviente que fuese su plegaria mental para que saliera. Presentáronse los cuatro elegidos á la puerta del palacio, la que es fué abierta al instante, y simplemente con oír sus nombres y cualidades, fueron introducidos ante el rey Fernando, á quien espusieron el objeto de su visita. Fernando vió de donde venia el golpe; pero como hemos dicho, era un verdadero San Jorge en el parar.

— Señores, dijo, todos aquellos de entre vosotros á quienes el nacimiento da libre acceso á nuestra morada, podrán venir á ella esta noche, sea con su trage de la mascarada, ó con otro cualquiera que mejor les convenga.

La respuesta era clara; así fué trasmitida directamente á su destino. El pobre marqués vió que era un partido decidido, y que por diestro y constante que fuese, tenia que habérselas con uno mas astuto y mas tenaz que él. Decayó su ánimo, y desde aquel momento no hizo ninguna tentativa para vencer la repugnancia que sentia el rey hácia él. Esta repugnancia del rey de los lazzaroni, no provenia de la profesion que habia ejercido el pobre marqués, sino de la inferioridad social en que habia nacido.

Por lo demás, si el rey Nasone tenia su croquemiten (coco), á quien no queria ver ni cerca ni lejos, en cambio tenia su jocrise (Gedeon) sin el que no podia pasarse.

Este jocrise era monseñor Perelli.